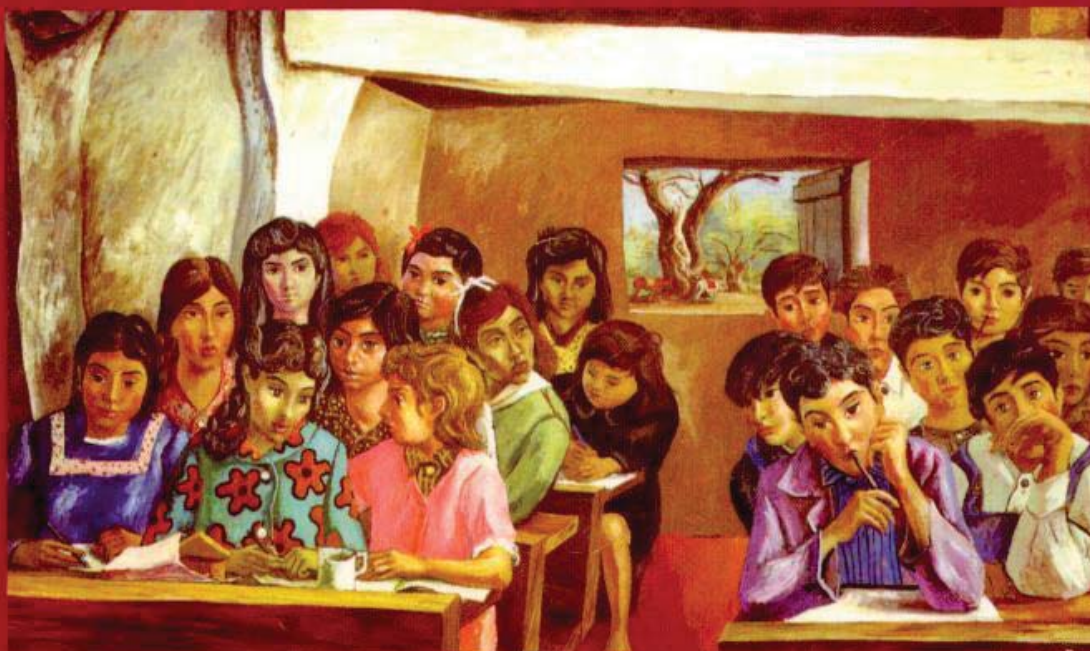


Philippe Perrenoud

La evaluación de los alumnos

**De la producción de la excelencia
a la regulación de los aprendizajes.
Entre dos lógicas**



COLIHUE

**Alternativa
pedagógica**

DIDÁCTICA

Philippe Perrenoud.

La evaluación de los alumnos. De la producción de la excelencia a la regulación de los aprendizajes. Entre dos lógicas. / - 1ª ed. - Buenos Aires : Colihue, 2008. 256 p. ; 22x14 cm.

(Alternativa pedagógica dirigida por Alejandra Mare)

Traducción: Miguel Ángel Ruocco

ISBN 978-950-563-801-7

1. Pedagogía. 2. Didáctica. 3. Educación. I. Mare, Alejandra, dir.

II. Miguel Ángel Ruocco, trad. III. Título

CDD 370.7

Título original: *L'évaluation des élèves. De la fabrication de l'excellence à la régulation des apprentissages. Entre deux logiques*

Traducción de Miguel Ángel Ruocco

Directora de colección: Alejandra Mare

Diseño de colección: Cristina E. Amado

Diseño de tapa: Pablo Gauna

Ilustración de tapa: "Escuelita rural" de Antonio Berni, 1956.



I.S.B.N. 978-950-563-801-7

© Ediciones Colihue S.R.L.

Av. Díaz Vélez 5125

(C1405DCG) Buenos Aires - Argentina

www.colihue.com.ar

ecolihue@colihue.com.ar

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

INTRODUCCIÓN

La evaluación entre dos lógicas

La evaluación no es una tortura medieval. Es una invención más tardía, nacida con los colegios alrededor del siglo XVII, que se ha hecho inseparable de la enseñanza de masas que conocemos desde el siglo XIX, con la escolaridad obligatoria.

¿Hubo alguna vez en la historia de la escuela consenso acerca de la forma de evaluar o los niveles de exigencia? La evaluación necesariamente estimula las pasiones, dado que estigmatiza la ignorancia de algunos para exaltar la excelencia de otros. Cuando se reviven los recuerdos escolares, ciertos adultos asocian la evaluación a una experiencia gratificante, constructiva, mientras que para otros evoca una serie de humillaciones. Llegados a la paternidad, los antiguos alumnos tienen la esperanza o el temor de revivir las mismas emociones a través de sus hijos. Las apuestas de la evaluación escolar, en el registro narcisista, en el de las relaciones sociales y en lo que toca a sus consecuencias (orientación, selección, certificación), son demasiado grandes para que algún sistema de calificación o de examen pueda contar perdurablemente con la unanimidad. Siempre se encuentra a alguien que denuncia la severidad o la laxitud, lo arbitrario, la incoherencia o la falta de transparencia de los procedimientos o los criterios de evaluación. Esos críticos apelan invariablemente a una defensa de las clasificaciones, a pesar de su imperfección, en nombre del realismo, de la formación de las elites, del mérito, de la fatalidad de las desigualdades...

Tarde o temprano, evaluar es crear jerarquías de excelencia, en función de las cuales se decidirán el progreso en la trayectoria escolar, la selección para ingresar en la enseñanza secundaria, la orientación hacia distintas modalidades de estudio, la calificación para ingresar al mercado de trabajo y a menudo la obtención efectiva de empleo. Evaluar es también privilegiar una manera de ser en la clase y en el

mundo, valorizar formas y normas de excelencia, definir a un alumno modelo, aplicado y dócil para algunos, imaginativo y autónomo para otros... En vista de lo que está en juego, ¿cómo soñar con un consenso acerca de la forma o el contenido de los exámenes o de la evaluación continua practicada en clase?

Por otra parte, los debates de hoy están ligados a una nueva crisis de valores, de la cultura, del sentido de la escuela (Develay, 1996). Sin embargo, sería un error creer que estos debates siguen a la edad de oro de una evaluación triunfante e indiscutida. Alrededor de la norma y de las jerarquías de excelencia, ninguna sociedad vive en la tranquilidad y el consenso. Más bien, la cuestión es saber si cada época reinventa, a su manera y en su idioma, las imágenes impuestas de un debate de siempre, o si se trata hoy de *algo nuevo*. Aprisionados en el presente, siempre estamos deseosos de creer que la historia se despliega ante nuestros ojos. Por el contrario, los historiadores nos enseñan que nos debatimos en querellas casi rituales, que se replantean de década en década, en un lenguaje lo bastante innovador como para ocultar la perennidad de las posiciones y las oposiciones. No es una idea nueva que la evaluación puede ayudar al aprendizaje del alumno. Desde que existe la escuela, los pedagogos se rebelan contra las notas y quieren poner la evaluación al servicio del alumno, más que al del sistema. No se terminan de redescubrir esas evidencias y cada generación cree que “ya nada será como antes”. Lo que no impide a la siguiente proseguir el mismo camino y conocer las mismas desilusiones.

Eso significa que nada se transforma de un día para el otro en el mundo escolar; que el peso del pasado es demasiado fuerte, en las estructuras, en los textos y sobre todo en las cabezas, para que una idea nueva pueda imponerse rápidamente. El siglo XX ha demostrado la fuerza de inercia del sistema, más allá de los discursos reformistas. En tanto muchos pedagogos han creído enjuiciar definitivamente a las notas, estas están todavía allí, y bien arraigadas, en numerosos sistemas escolares. Mientras que la denuncia de la *indiferencia a las diferencias* (Bourdieu, 1966) se extiende desde hace décadas, acompañada por defensas vibrantes de la educación a medida y las pedagogías diferenciadas, los niños de la misma edad son siempre constreñidos a seguir el mismo programa. Una visión pesimista de la historia de la escuela podría poner el acento en el inmovilismo.

Sin embargo, la escuela cambia... lentamente. Desde luego, la mayoría de los sistemas dicen querer favorecer una pedagogía diferenciada y una más vigorosa individualización de los trayectos formativos. También la evaluación evoluciona. En determinados grados, en ciertos tipos de escuela, las notas han desaparecido... Hablar de evaluación formativa ya no es patrimonio de algunos marcianos. Es posible que estemos pasando –muy lentamente– de la medida obsesiva de la excelencia a una observación formativa, al servicio de la regulación de los aprendizajes. No obstante, ¡aún no ha terminado la partida!

Este libro intenta mostrar la complejidad del problema, que se refiere a la diversidad de las lógicas de trabajo, a sus antagonismos, al hecho de que la evaluación está en el núcleo de las contradicciones del sistema educativo y, continuamente, a la *articulación de la selección y la formación*, del reconocimiento y la negación de las desigualdades.

El lector no encontrará aquí un modelo ideal de evaluación formativa, y menos aún una reflexión acerca de la medida. El enfoque *sociológico* no ignora los aportes de la docimología, de la psicometría, de la psicopedagogía, de la didáctica. No es mi objetivo reforzar la crítica racionalista de las prácticas, en nombre de una concepción más coherente y más científica de la evaluación, ni agregar algo a los modelos prescriptivos. La mirada es más descriptiva. En principio, la tarea consiste en demostrar que “todo está conectado”, que no se puede mejorar la evaluación sin tocar el conjunto del sistema didáctico y del sistema escolar.

Esto no quiere decir que la obra adopte un punto de vista completamente alejado de la realidad de las cosas. Es posible imaginar una sociología de la evaluación sin compromiso alguno, que se limitaría a dar cuenta de la diversidad y la evolución de las prácticas y los modelos. No pretendo tal distanciamiento. La evaluación formativa es una pieza sustancial en un dispositivo de pedagogía diferenciada. Quien rechaza el fracaso escolar y la desigualdad ante la escuela necesariamente se pregunta: ¿cómo hacer de la regulación continua de los aprendizajes la lógica prioritaria de la escuela?

Este compromiso en favor de las pedagogías diferenciadas (Perrenoud, 1996 b, 1997 e) no debería desviar el análisis lúcido de las prácticas y los sistemas. ¡Al contrario! No hay ejemplo de cambio importante que no se haya afirmado en una visión muy realista de las restricciones y contradicciones del sistema educativo.

Evidentemente, resulta simplificador describir la evaluación como oscilante solo entre *dos* lógicas. En realidad, hay en ella muchas otras, incluso más pragmáticas. Antes de regular los aprendizajes, la evaluación regula el trabajo, las actividades, las relaciones de autoridad y la cooperación en el aula y, por otro lado, las relaciones entre la familia y la escuela, o entre los profesionales de la educación. Una mirada sociológica intenta constantemente considerar a la vez las lógicas del sistema –que se refieren al tratamiento de las diferencias y las desigualdades– y las lógicas de los actores, que remiten a las apuestas más cotidianas de la coexistencia, de control, de poder.

Por consiguiente, examinaré enseguida las dos lógicas principales del sistema –una tradicional, otra emergente–, invitando al lector a no olvidar que ellas no agotan la realidad ni el sentido de las prácticas.

¿Una evaluación al servicio de la selección...?

Tradicionalmente, la evaluación en la escuela está asociada a la *fabricación de jerarquías de excelencia*. Los alumnos se comparan, y luego se clasifican, en virtud de una norma de excelencia, abstractamente definida o encarnada en el docente y los mejores alumnos. Muy a menudo, se mezclan estas dos referencias, con una que domina. En la elaboración de los baremos, mientras que ciertos profesores parten de exigencias preestablecidas, otros construyen su baremo *a posteriori*, en función de la distribución de los resultados, aunque sin llegar a poner sistemáticamente la mejor nota posible al trabajo “menos malo”.

En el curso del año escolar los trabajos de control, las pruebas de rutina, los interrogatorios orales, la calificación mediante notas de los trabajos personales y de conjunto, fabrican “pequeñas” jerarquías de excelencia, de las cuales ninguna es decisiva, pero cuya acumulación y suma *prefiguran* la jerarquía final:

- ya sea porque ella se basa ampliamente en los resultados obtenidos en el curso del año, cuando la evaluación continua no es duplicada por pruebas estandarizadas o exámenes;
- ya sea porque la evaluación en el curso del año funciona como un entrenamiento para el examen (Merle, 1996).

Esta anticipación juega un papel principal en el contrato didáctico que se establece entre el docente y sus alumnos, así como en las

relaciones entre la familia y la escuela. Como lo demostró Chevallard (1986 a) en relación con los profesores de matemáticas de la enseñanza secundaria, las notas participan de un *trato mercantil*, o por lo menos de un *acuerdo*, entre el docente y sus alumnos. Permiten al primero hacer trabajar a los segundos, obtener su aplicación, su silencio, su concentración, su docilidad; todo destinado al objetivo supremo: superar el año. La nota es un *mensaje* que, en principio, no dice al alumno lo que sabe, sino *lo que le puede suceder* “si continúa así” hasta fin de año. Mensaje tranquilizante para algunos, inquietante para otros, que se dirige también a los padres, con el requerimiento implícito o explícito de intervenir “antes que sea demasiado tarde”. La evaluación, cuando se comunica a la familia, tiene por función *prevenir*, en el doble sentido de impedir y de advertir. Pone en guardia contra el fracaso que se perfila o, al contrario, tranquiliza, con el añadido de “¡a condición de que dure!” Cuando las cartas están echadas, prepara los ánimos para lo peor. Una decisión de repetición o de no admisión en una sección exigente no hace en general más que confirmar los pronósticos desfavorables comunicados, mucho antes, al alumno y a su familia.

Así como los pequeños arroyos confluyen en grandes ríos, las pequeñas jerarquías se combinan para formar jerarquías globales, en cada disciplina escolar, en el programa de conjunto, para un trimestre, para un año escolar; en definitiva, para el conjunto de un ciclo de estudios. Aun refiriéndose a formas y normas de excelencia muy distintas, esas jerarquías tienen en común que informan más acerca de la posición de un alumno en un grupo, o sobre su distancia con respecto a la norma de excelencia, que acerca del contenido de sus conocimientos y competencias. Sobre todo, dicen si el alumno es “mejor o peor” que sus condiscípulos. La misma existencia de una escala que se ha de utilizar crea la jerarquía, a veces a partir de pocas cosas. Amigues y Zerbato-Poudou (1996) recuerdan esta sencilla experiencia: se entrega para corregir un número de trabajos heterogéneos a un conjunto de profesores, cada uno de los cuales establece una distribución en campana, aproximadamente como la famosa curva de Gauss. Entonces se sacan todos los trabajos situados en la parte media de la distribución y se dan los trabajos restantes a otros correctores. Lógicamente, podría esperarse una distribución bimodal. Nada de eso: cada evaluador recrea una distribución “normal”. Se obtiene el mismo resultado si no se conserva más que la mitad inferior o superior de un primer lote. Los

evaluadores crean las separaciones, que se atienen más a la escala y al principio de la clasificación que a las distancias significativas entre los conocimientos o las competencias de unos y otros.

Una jerarquía de excelencia no es nunca el reflejo puro y simple de la “realidad” de las diferencias. Ellas existen de por sí, pero la evaluación elige darles, en un momento determinado, según criterios definidos, una *imagen pública*. Las mismas distinciones pueden dramatizarse o trivializarse según la lógica de acción puesta en práctica, pues no se evalúa por evaluar, sino para fundamentar una *decisión*. Al término del año escolar o del ciclo de estudios, las jerarquías de excelencia dirigen la prosecución normal de la trayectoria escolar o, si hay selección, la orientación hacia tal o cual sección. Más globalmente, a lo largo de la trayectoria, rigen lo que se denomina éxito o fracaso escolares. En efecto, establecida según una escala muy diferenciada —a veces hasta el décimo de punto—, una jerarquía de excelencia se transforma con facilidad en *dicotomía*: basta con introducir un *punto de corte* para fabricar conjuntos considerados homogéneos: por un lado, los que repiten son relegados a los estudios preprofesionales o entran en el mercado de trabajo a los quince o dieciséis años; por el otro, los que progresan en la trayectoria y se abren camino hacia los estudios prolongados.

La otra función tradicional de la evaluación es la de *certificar los conocimientos adquiridos ante terceros*. Un diploma garantiza a los potenciales empleadores que su portador ha recibido una formación, lo que permite contratarlo sin hacerlo pasar por nuevos exámenes. Una forma de certificación análoga funciona también en el interior de cada sistema escolar, de un ciclo de estudios al siguiente, lo mismo que entre años escolares. Aunque menos visible, pues no existe el equivalente de un mercado de trabajo, el mercado de la orientación permanece bajo el control del sistema educativo.

Una certificación no informa mucho sobre el detalle de los saberes y las habilidades adquiridas ni sobre el nivel de dominio alcanzado precisamente en cada área cubierta. Garantiza sobre todo que un alumno sabe *globalmente* “lo que debe saber” para acceder al grado siguiente en la trayectoria escolar, ser admitido en una determinada orientación o iniciarse en un oficio. Entre profesores de grados o ciclos sucesivos de estudio, entre la escuela y los empleadores, el nivel y el contenido de los exámenes o de la evaluación son, seguramente,

apuestas recurrentes. Sin embargo, en el marco del funcionamiento regular del sistema, “se hace como si” los que evalúan supieran lo que tienen que hacer y se les otorga cierta *confianza*. El interés de una certificación establecida reside precisamente en no tener que ser controlada punto por punto, en servir de *pasaporte* para el empleo o una formación ulterior.

En el interior del sistema escolar, la certificación es sobre todo un modo de regulación de la división vertical del trabajo pedagógico. Lo que con ella se certifica al profesor que se encarga de los alumnos procedentes del nivel o el ciclo anterior, es que podrá trabajar *de la manera habitual*. Lo que ella cubre no es por entero independiente del programa y de los logros mínimos. Eso puede variar mucho de un establecimiento a otro, en función del nivel efectivo de los alumnos y de la actitud del cuerpo docente.

En todo caso, la evaluación no es un fin en sí. Es un engranaje en el funcionamiento didáctico y, más generalmente, en la selección y la orientación escolares. Sirve a la vez para controlar el trabajo de los alumnos y para administrar los flujos.

¿... o al servicio de los aprendizajes?

La escuela se ha acomodado durante tanto tiempo a las desigualdades de éxito que estas parecen situarse “en el orden de las cosas”. Lo que importaba, ciertamente, era que la enseñanza fuera correctamente dispensada y que los alumnos trabajaran; pero la pedagogía no pretendía un milagro: no podía más que “revelar” la desigualdad de las aptitudes (Bourdieu, 1966). En esta perspectiva, la evaluación formativa no tenía mucho sentido: la escuela enseñaba y los alumnos aprendían, si poseían la voluntad y los medios intelectuales para ello. La escuela no se sentía responsable de los aprendizajes; se limitaba a ofrecer a todos la ocasión de aprender: ¡a cada uno le tocaba aprovecharla! Hasta un período reciente, la noción de igualdad de oportunidades no significaba otra cosa que el hecho de que cada uno tuviera acceso a la enseñanza, sin trabas geográficas o financieras, sin que se tuviera en cuenta su sexo o su condición de origen.

Cuando Bloom, en los años sesenta del siglo pasado, propugnó una *pedagogía del dominio* (1972, 1976, 1979, 1988), introdujo un postulado completamente nuevo. Señaló que, por lo menos al nivel de

la escuela obligatoria, “todo el mundo puede aprender”: el 80% de los alumnos pueden dominar el 80% de los conocimientos y las habilidades inscriptas en el programa, a condición de que se organice la enseñanza de manera de individualizar el contenido, el ritmo y las modalidades de aprendizaje en función de objetivos definidos con claridad. De pronto, la evaluación llegaba a ser el instrumento privilegiado para una *regulación* continua de las intervenciones y las situaciones didácticas. En la perspectiva de una pedagogía del dominio (Huberman, 1988), su papel ya no era el de fabricar jerarquías, sino el de tener en cuenta las adquisiciones y los modos de razonar de *cada* alumno lo suficiente como para ayudarlo a progresar en el sentido de los objetivos. Así nació, si no la idea misma de evaluación formativa —desarrollada originalmente por Scriven (1967) a propósito de los programas—, al menos su transposición a la pedagogía y a los aprendizajes de los alumnos.

¿Qué hay de nuevo en esta idea? En el curso del año, ¿no se sirven todos los profesores de la evaluación para ajustar el ritmo y el nivel global de su enseñanza? ¿No se conocen numerosos docentes que utilizan la evaluación de manera más individualizada, para determinar mejor las dificultades de algunos alumnos e intentar remediarlas?

Toda acción pedagógica reposa sobre una parte intuitiva de evaluación formativa, en el sentido de que hay inevitablemente un mínimo de regulación, en función de los aprendizajes o al menos de los funcionamientos observables de los alumnos. Sin embargo, para que llegue a ser una práctica realmente nueva, sería preciso que la evaluación formativa sea la *regla* y se integre a un dispositivo de pedagogía diferenciada. Es este carácter *metódico, instrumentado y constante* el que la aleja de las prácticas comunes. Por consiguiente, sería jugar con las palabras afirmar que todo docente, constantemente, realiza una evaluación formativa, al menos en el sentido pleno de la expresión.

Si la evaluación formativa no es otra cosa que una manera de regular la acción pedagógica, ¿por qué no es una práctica corriente? Cuando un artesano elabora un objeto, no cesa de observar el resultado para ajustar sus gestos y si hace falta “corregir el tiro”, expresión común que designa una facultad humana universal: el arte de dirigir la acción prevista, en función de sus resultados provisionales y de los obstáculos encontrados. Cada profesor dispone de ella, como todo el mundo. Pero se dirige a un grupo y regula su acción en función de la dinámica de conjunto, del nivel general y de la distribución de los resultados,

más que de las trayectorias de cada alumno. La evaluación formativa introduce una ruptura, porque propone *desplazar esta regulación al nivel de los aprendizajes, e individualizarla*.

Ningún médico se preocupa por clasificar a sus pacientes, de menos enfermo a más grave. Menos aún sueña con administrarles un tratamiento colectivo. Se esfuerza en precisar para cada uno un diagnóstico individualizado, como base de una acción terapéutica a su medida. *Mutatis mutandis*, la evaluación formativa debería tener la misma función en una pedagogía diferenciada. Para ese fin, las pruebas escolares tradicionales se revelan de poca utilidad, porque esencialmente son concebidas en vista del recuento más que del análisis de los errores; para la clasificación de los alumnos, antes que para la identificación del nivel de conocimientos de cada uno. Un profesor que hubiera leído a Astolfi (1997) diría: "*Vuestro error me interesa*". Deliberadamente, una prueba escolar clásica suscita errores, puesto que no serviría de nada si todos los alumnos resolvieran con éxito todos los problemas. Produce la famosa curva de Gauss, lo que permite poner notas buenas y malas y, por lo tanto, fabricar una jerarquía. Una prueba de tal tipo no dice mucho acerca de cómo se opera el aprendizaje y la construcción de los conocimientos en el espíritu de cada alumno; *sanciona* sus errores sin darles los medios para *comprenderlos* y trabajarlos. Por lo tanto, la evaluación formativa debe forjar sus propios instrumentos, que van del test de referencia criterial, que describe de manera analítica un nivel de adquisición o de dominio, a la observación en situación de los métodos de trabajo, los procedimientos, los procesos intelectuales de cada alumno.

El diagnóstico es inútil si no desemboca en una acción apropiada. Una verdadera evaluación formativa está necesariamente unida a una intervención *diferenciada*, con lo que eso supone en términos de enseñanza, de administración de los horarios, de organización del grupo-clase, incluso de transformaciones radicales de las estructuras escolares. Las pedagogías diferenciadas están ya a la orden del día y la evaluación formativa ya no es una quimera, pues ha dado lugar a numerosos ensayos en diversos sistemas.

No obstante, es inútil ocultar que ella choca con toda suerte de *obstáculos*, en los espíritus y en las prácticas. Ante todo, porque exige la adhesión a una visión más igualitaria de la escuela y al *principio de educabilidad*. Para dar prioridad al trabajo de regulación de los

aprendizajes, se debe ante todo creerlos *posibles* para la gran mayoría. Esta concepción está lejos de compartirse unánimemente. Ya no estamos inmersos en la ideología del talento triunfante; casi todo el mundo es consciente del peso del medio cultural en el éxito escolar. Las pedagogías de sostén se han desarrollado un poco por todas partes y la idea de que una diferenciación más sistemática de la enseñanza podría disminuir el fracaso escolar no es muy original. Sin embargo, la democratización de la enseñanza sigue siendo un tema *débilmente movilizador* para una fracción importante de los docentes o de los establecimientos, y la prioridad que le otorgan los sistemas educativos es muy fluctuante. Aunque la política educativa y las aspiraciones de los actores van en ese sentido, el esfuerzo no se lleva *ipso facto* al nivel del aula, de la diferenciación de la enseñanza y la individualización de los itinerarios formativos. Buena parte de las energías permanecen comprometidas en los aspectos financieros, geográficos y estructurales del acceso a los estudios.

La evaluación formativa adquiere todo su sentido en el marco de una estrategia *pedagógica* de lucha contra el fracaso y las desigualdades que está lejos de ser puesta en práctica en todas partes con coherencia y continuidad (Perrenoud, 1996 j, 1997 e). Ya sea por políticas indecisas o por otras razones, la evaluación formativa y la pedagogía diferenciada de la que ella participa, se enfrentan a numerosos obstáculos materiales e institucionales: el número de alumnos, la sobrecarga de los programas, la concepción de los medios de enseñanza y las didácticas, que no privilegian suficientemente la diferenciación. El horario escolar, el recorte de la trayectoria escolar en grados, la administración de los espacios, son otras tantas fuerzas disuasivas para quien no tiene, profundamente arraigada, la pasión por la igualdad.

Otro obstáculo está constituido por la insuficiencia o la complejidad excesiva de los modelos de evaluación formativa propuestos a los docentes. Actualmente, la búsqueda privilegia una vía media entre la intuición y la instrumentación (Allal, 1983) y rehabilita la subjetividad (Weiss, 1986). Se trabaja en una ampliación de la evaluación formativa, más compatible con las nuevas didácticas (Allal, 1988 b, 1991) y los enfoques constructivistas (Crahay, 1986; Rieben, 1988). Se atiende a describir las prácticas actuales antes que a prescribir otras (De Ketele, 1986); se sitúa la evaluación en el marco de una problemática más amplia, la del trabajo escolar (Perrenoud, 1995

a, 1996 a) o la didáctica de las disciplinas (Bain, 1988 a y b; Bain y Schneuwly, 1993; Allal, Bain y Perrenoud, 1993). Estos trabajos están lejos de agotar el tema. Queda mucho por hacer para dar a un gran número de docentes el acicate y los medios para practicar una evaluación formativa.

La formación de los docentes se ocupa poco de la evaluación y menos aún de la evaluación formativa. Más generalmente, una pedagogía diferenciada supone una calificación creciente de los docentes, tanto en el dominio de los conocimientos matemáticos o lingüísticos, por ejemplo, como en el campo de la didáctica (Gather Thurler y Perrenoud, 1988).

En definitiva, la evaluación formativa choca con la evaluación que se practica, la evaluación tradicional, que a veces se dice normativa. Aunque las formas tradicionales de evaluación pierdan vitalidad, la evaluación formativa no dispensa a los docentes de poner notas o redactar apreciaciones, cuya función es la de informar a los padres o a la administración escolar sobre las adquisiciones de los alumnos, y luego fundamentar las decisiones de selección u orientación. Por consiguiente, la evaluación formativa parecería siempre una tarea suplementaria, que obligaría a los docentes a administrar un doble sistema de evaluación, ¡lo que no es muy incitante!

Lo que hoy se juega...

Las investigaciones y las experiencias se multiplican. La evaluación formativa es uno de los caballitos de batalla de la Asociación Europea para el Desarrollo de las Metodologías de Evaluación Educativa (ADMEE) y su hermana mayor de Quebec. Está en el núcleo de las tentativas de pedagogía diferenciada y de individualización de los trayectos formativos. Hay una mayor preocupación por la evaluación a propósito de las renovaciones de programas y en el marco de las didácticas de las disciplinas. La formación continua se desarrolla; lentamente, la formación inicial se enriquece. Esta evolución podría originar la ilusión de que la escuela se ha adherido a la idea de una evaluación formativa y de que se marcha a grandes pasos hacia ella. La realidad es más matizada. En las aulas, las prácticas de evaluación evolucionan en su conjunto hacia una menor severidad. ¿Son más

formativas? Es dudoso. Se desarrolla el sostén pedagógico externo, se trabaja más por pequeños grupos. ¿Es una pedagogía diferenciada digna de este nombre? ¡No es más que un comienzo!

Hay en los sistemas educativos un *desfase* importante entre el discurso modernista, teñido de ciencias de la educación y nuevas pedagogías, y las preocupaciones prioritarias de la mayoría de los docentes y responsables escolares. Son raros los que se oponen resuelta y abiertamente a una pedagogía diferenciada o a una evaluación formativa. Sin embargo, no adhieren a ellas sino a condición de que se den “por añadidura”, sin comprometer ninguna de las funciones tradicionales de la evaluación, sin tocar la estructura escolar, sin trastornar los hábitos de los padres, sin exigir nuevas calificaciones de los docentes. Pero, si bien la evaluación formativa no exige por sí misma ninguna revolución, no puede desarrollarse plenamente sino en el marco de una pedagogía diferenciada, basada en una política perseverante de democratización de la enseñanza.

Algún día, los sistemas educativos serán colocados contra la pared: o persisten en aferrarse al pasado, no obstante su discurso de vanguardia, o franquean el paso y se orientan hacia un porvenir en el que importarán menos las jerarquías de excelencia que las competencias reales de la gran mayoría.

Vivimos en un período de transición. Durante mucho tiempo, las sociedades europeas han creído no tener necesidad de muchos individuos instruidos y se han servido de la selección, y por lo tanto de la evaluación, para excluir al mayor número de los estudios prolongados. A comienzos del siglo XX, el 4% de los adolescentes franceses frecuentaban los liceos y podían pretender alcanzar el bachillerato. Actualmente, Francia pretende formar al 80% de los jóvenes en este nivel, sin rebajar el nivel de formación. Ya no es una utopía ni una idea de izquierda. Sin embargo, la crisis de los valores y de los medios, la defensa de los privilegios, la rigidez de la institución escolar autorizan a poner en duda un progreso continuo hacia la pedagogía diferenciada. Ciertamente, la democratización de la enseñanza, en sentido amplio, ha progresado de manera espectacular, si se la juzga por las tasas de escolarización a los 18 o 20 años, o por la duración media de los estudios. Entre las chicas y los muchachos, las posibilidades de éxito y acceso a los estudios prolongados se perfilan como muy próximas. En cambio, se mantiene e incluso tiende a agravarse la distancia entre

las clases sociales, entre las capas menos favorecidas y las clases medias y superiores, principales beneficiarias de la explosión escolar (Hutmacher, 1993). A escala planetaria, el desarrollo de la escolarización marca el paso y las desigualdades siguen clamando al cielo.

Por ende, sería azaroso pronosticar los días que vendrán. Entre las necesidades de formación insatisfechas y las políticas de educación no hay siempre coherencia. Delors (1996) y su comisión lo afirman: "*La educación, hay un tesoro escondido en su interior*". Nadie tendría la audacia de contradecirlos abiertamente. Sin embargo, los gobiernos y la gente de escuela permanecen muy a menudo paralizados por la crisis económica, la fragilidad de las mayorías en el poder, las contradicciones internas de las burocracias escolares, los conservadorismos de todo tipo y todo lo que mantiene una distancia entre los ideales que se sostienen y la realidad de los sistemas educativos.

Que la evaluación esté todavía *entre dos lógicas* decepciona o escandaliza a los que luchan contra el fracaso escolar y sueñan con una evaluación puramente formativa. Con un poco de retrospección histórica, se puede sostener que la misma existencia de una nueva lógica, más formativa, es una conquista extraordinaria. Casi todos los sistemas educativos modernos *declaran* que van hacia una evaluación menos selectiva, menos precoz, más formativa, más integrada a la acción pedagógica cotidiana. Se la puede juzgar con respecto a la distancia entre sus intenciones y la realidad de las prácticas. Se puede también subrayar que tales intenciones son recientes, que datan a lo sumo de los años 1970-80. El período de transición, por lo tanto, apenas se ha iniciado.

Indiscutiblemente, la lógica formativa ha adquirido importancia. Se denuncia con ganas los límites que le imponen las lógicas de selección. Se olvida que estas últimas han reinado, sin contrapartida, durante décadas. La democratización de la enseñanza y la búsqueda de una pedagogía más diferenciada han hecho emerger y extenderse la lógica formativa, hasta tal punto que hoy las fuerzas y la legitimidad de una y otra se encuentran más equilibradas. ¿De qué lado inclinará la balanza el porvenir? Nadie lo sabe. No es tiempo de sacar conclusiones, sino de *trabajar* por la coexistencia y articulación de las dos lógicas de evaluación.

La apuesta no consiste solo en retardar y suavizar la selección. La evaluación tradicional, no contenta con fabricar el fracaso, empobrece

los aprendizajes e induce didácticas conservadoras en los docentes y estrategias utilitaristas en los alumnos. La evaluación formativa participa de la renovación general de la pedagogía, de la concentración en el que aprende, de la mutación de la profesión docente. Otrora dispensador de cursos y lecciones, el profesor deviene creador de *situaciones de aprendizaje* “portadoras de sentido y de regulación”. Las resistencias no responden únicamente a la salvaguardia de las elites. ¡Se sitúan cada vez más en el registro de las prácticas pedagógicas, del oficio de docente y del oficio de alumno!

Contenido de la obra

Esta obra reúne algunos textos ya publicados y otros inéditos. Los distintos capítulos pueden leerse independientemente unos de otros. Por lo demás, he intentado ir del análisis de las funciones tradicionales de la evaluación –y de lo que ellas impiden– a la definición de las prácticas emergentes, con los obstáculos que encuentran y los efectos perversos que inducen. Son momentos de una reflexión que, según los años y los contextos, ha oscilado entre una postura esencialmente descriptiva y textos más comprometidos. La *relación entre evaluación y decisión* es uno de los hilos conductores que conectan los diversos textos: la evaluación jamás es analizada en sí misma, sino como componente de un *sistema de acción*.

La evaluación pasa por las prácticas de los *actores*, individuales o institucionales, que rara vez están desprovistos de *razón* y de *razones*, pero cuyas racionalidades son limitadas y diversas, a veces contradictorias. Aunque la evaluación pretende poner en práctica una razón científica y un rigor metodológico, no se realiza sino a través de los sujetos que adhieren a ella y comunican su fuerza a los modelos. Ni la evaluación ni el control son procesos desencarnados. Siempre desbordan las intenciones de los actores que los hacen funcionar; al mismo tiempo, son estrechamente dependientes de ellos. Situar al actor en el centro del análisis no equivale a percibirlo como continuamente lúcido y advertido...

He renunciado a retomar aquí un ensayo titulado *L'évaluation codifiée et le jeu avec les règles* (Perrenoud, 1986 b). Esto no impide que el tema de la regla y del juego con la regla atraviese la mayor parte de los análisis, en coherencia con el enfoque del *currículum*, a la vez